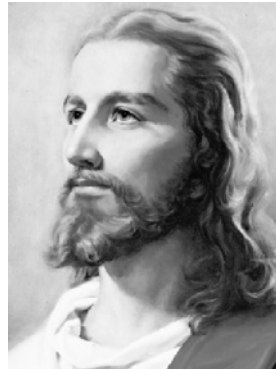


# "Pablo de Tarso; el convertido de Damasco y el encuentro con el maestro Jesús de Nazaret"



“Y los que hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida; y los que hicieron el mal, para la resurrección de la condenación.” – *Jesús*. (Juan, 5:29)

*Pablo y Esteban*, Romance dictado por el Espíritu de Emmanuel y recibido médiumnicamente por Francisco Cândido Xavier en el año 1941; es una obra que nos conmueve y emociona, haciendo saltar lágrimas al leerla. Obra de importancia Histórico – Espiritual que, sin quitar valor a otras obras de gran importancia, debería ser leída por todos, sean espíritas; o no.

Históricamente nos sitúa en aquel año 34 d.p.c en las calles centrales de Corinto, ciudad reedificada por Julio Cesar, siendo la más bella de las joyas de la vieja Acaya. Convirtiéndose Corinto, en Colonia de romanos, reuniéndose en ella cantidades de israelitas transformando la ciudad en aventureros de Oriente y Occidente.

Conjuntamente con la aparición del bondadoso Apóstol Simón Pedro, discípulo del Maestro *Jesús*, que vino de Tiberíades para fundar a las afuera de Jerusalén, la iglesia del “**Camino**”, convirtiéndose en la célula central del gran movimiento humanitario. La principal finalidad de esta obra, es presentar la transformación del doctor de la ley Saulo de Tarso que, iniciando la persecución implacable a los seguidores del humilde carpintero, con el deseo de hacer cumplir la Ley de Moisés, quiso ir por el camino equivocado contrario a la Ley del Amor; pero como no podemos violentar las leyes eternas del bien, fue obligado a la rectificación de su error, con la aparición del Maestro *Jesús*, cuando atravesaba el desierto en la

búsqueda del viejo respetable de nombre Ananías, pregonador ambulante de la iglesia del “**Camino**” para ser castigado, causante de que, su amada novia Abigail abrazara la doctrina extraña del Nazareno, con su Evangelio de Redención, convirtiéndose al Cristianismo; siendo más tarde el mismo Ananías que se presentó en la hostería de Judas, haciendo caso al llamado del Maestro para devolverle la visión al convertido de Damasco, conmoviendo al viejo discípulo del Señor, observando que el cruel perseguidor de los apóstoles del “**Camino**” estaba totalmente transformado.

Encontramos un concepto que nos llamó la atención y queremos destacar; todos sabemos que el ser humano a través de las diferentes épocas en que ha vivido, a querido buscar siempre soluciones amparando a los más desvalidos, implantando en nuestra sociedad una fórmula a su proyecto de vida; nos referimos a la Asistencia Social que existe en muchos países; pero no somos conscientes, o no queremos reconocer que, las primeras organizaciones de Asistencia Social que surgieron en el mundo, fueron con el esfuerzo de los apóstoles bajo la influencia de las lecciones de amor del Maestro *Jesús*, que con su ejemplo renovó y expuso virtudes, acogiendo afligidos y enfermos, desahuciados y desamparados, inaugurando de esta forma la verdadera Asistencia Social que hoy existe en nuestros días.

Le damos gracia una vez más al Maestro, por tanto que hizo y hace por todos nosotros, Él es la luz que siempre iluminará nuestro camino. El Cristo trajo para nosotros el mensaje de Amor completando la Ley de Moisés, trayendo una nueva enseñanza. La Ley Antigua fue justicia, pero el Evangelio es Amor. El código del pasado nos decía “**ojo por ojo y diente por diente**”, pero el Maestro nos enseñó que debemos “**perdonar setenta veces siete**”.

De las notas preliminares de esta obra, hemos extraído estas palabras de *EMMANUEL*:

*“Los más exigentes advertirán que Pablo recibió un llamado directo, pero en verdad, todos los hombres, de una u otra forma, son invitados personalmente a trabajar por el Cristo. Las formas pueden variar, pero la esencia del llamado siempre es la misma. La invitación para unirse al trabajo, muchas veces llega de la forma más sutil, inesperadamente; la mayoría resiste al generoso llamado del Señor. Ahora sabemos que Jesús no es un Maestro de violencias y si la figura de Pablo se agranda a nuestras miradas, es porque lo oyó, se negó a sí mismo, se arrepintió, tomó la cruz y siguió al Cristo hasta el fin de sus tareas materiales. Entre persecuciones, enfermedades, apodos, improperios, desilusiones, pedradas, azotes y encarcelamientos, Pablo de Tarso fue un hombre intrépido y sincero, que caminó en medio de las sombras del mundo en busca del Maestro y se hizo oír en medio de las luchas de la vida. Fue mucho más que un predestinado, fue un realizador que trabajó diariamente para buscar y demostrar la luz.*

*El Maestro lo llama desde su plano de inmensa claridad.*

*Pablo camina en medio de las tinieblas de las experiencias humanas y responde: –Señor, ¿qué deseas que haga?*

*Entre él y Jesús había un abismo, que el Apóstol lo supo trasponer a través de decenios de luchas redentoras y constantes.*

*Lo demuestra en el examen que a nosotros nos compete en nuestro trabajo, y que es ir al encuentro de Jesús, que además, es el objetivo definitivo.*

## EL ENCUENTRO EN EL DESIERTO:



*Verdadero Retrato de la Conversión del Apóstol. S. Pablo, que se convertió en su Hermita, sita en los términos de la Villa de Apamea, según Alejandro para los Indios, de un viaje y aflicción. Celebró la fiesta en esta Hermita el día 25 de Enero. Revuelto en P. N. An. Meno. (Quinta vez) de la Biblia de los Santos. (Segunda vez) de la Biblia de los Santos. (Tercera vez) de la Biblia de los Santos. (Cuarta vez) de la Biblia de los Santos. (Quinta vez) de la Biblia de los Santos. A expensas de un devoto del año 1808. G. B. B. B. B.*

Después de tres días la pequeña caravana salió de Jerusalén para la extensa planicie de Siria.

En la víspera de la llegada, casi al término del viaje, difícil y penoso, el joven tarsense sentía que sus recuerdos se agravaban, pues acudían a su mente en cualquier instante. Fuerzas secretas le imponían profundos interrogantes. Su mente involuntariamente regresaba a los sueños de su juventud. Su alma trataba de responder a ciertas preguntas, que para su criterio no tenían la respuesta adecuada. Desde la adolescencia buscaba una paz interior que no encontraba. Tenía deseos de estabilizarse para realizar su carrera. ¿Dónde encontrar aquella serenidad, que tanto había sido el objeto de

sus apariciones más íntimas? Los Maestros de Israel, preconizaban que para conseguirla, debía tenerse observancia integral a la Ley. Pero, ¿quién más que su persona había guardado respeto absoluto a esos principios? Desde los impulsos iniciales de la juventud, rechazó el pecado. Se había consagrado al ideal de servir a Dios con todas sus fuerzas. No dudó jamás de ejecutar todo aquello que consideraba un deber, ni aun en las situaciones más violentas. Era incuestionable que tenía numerosos admiradores y amigos, pero también era verdad, que tenía poderosos adversarios debido a su carácter inflexible en el cumplimiento de las obligaciones que consideraba sagradas. Entonces, ¿dónde debería buscar la paz tan deseada? Por más energías que empleara, veía que no daban el resultado buscado. Su vida estaba señalada por ideas poderosas, pero en lo íntimo, luchaba con antagonismos irreconciliables. Las nociones de la Ley de Moisés parecía que no eran suficientes para aplacar su sed devoradora. Los enigmas del destino se le aferraban a su mente. El misterio del dolor y de los destinos diferenciados lo sumían en enigmas insolubles y sombrías interrogaciones. ¡Mientras tanto, aquellos adeptos del carpintero crucificado, ostentaban una serenidad desconocida! Alegar ignorancia sobre los problemas más graves de la vida no prevalecía, pues era el caso de Esteban, que siendo una inteligencia poderosa, demostró, al morir, una paz impresionante, acompañada de valores espirituales que infundían asombro a la generalidad.

Por más que sus compañeros le llamaran la atención porque se divisaba a lo lejos la ciudad de Damasco, Saulo no podía desechar de su interior la tremenda batalla que se había establecido. Parecía no ver los camellos que se arrastraban

pesadamente bajo el sol ardiente del mediodía. Inútilmente fue invitado a comer algo. Se detuvo por unos minutos en un pequeño y delicioso oasis, esperó que sus compañeros terminaran de refrescarse y prosiguió la marcha, absorbido por la intensidad de sus pensamientos.

El mismo no conseguía explicarse qué le estaba pasando. Su reminiscencia llegaba hasta los períodos de la primera infancia. Todo su pasado de trabajo lo veía claramente en aquel examen introspectivo. Entre todas las figuras de los familiares, el recuerdo de Esteban y de Abigail se destacaban, como solicitándole mayores raciocinios. ¿Por qué los dos hermanos de Corinto habían tenido tanta ascendencia sobre los problemas de su ego? ¿Por qué había esperado la llegada de Abigail en medio de los caminos de su juventud, para idealizar una vida pura y sana? Recordaba a sus amigos más eminentes, y en ninguno de ellos encontró cualidades morales semejantes a la del progenitor del “Camino”, que afronta su autoridad político-religiosa delante de Jerusalén. Ese pregonador llamado Esteban, que había desestimado la humillación y la muerte, para morir más tarde, a la vez que lo bendecía por las resoluciones que había tomado, inclusive, lo había perdonado en medio de una paz asombrosa. ¿Qué fuerza los estaba uniendo en los laberintos del mundo, para que su corazón nunca más lograra olvidarlos? La verdad dolorosa es que se encontraba sin paz interior, no obstante la conquista y goce de todas las prerrogativas y privilegios entre los pares más destacados de su raza. Enfilaba en su pensamiento las jóvenes que había conocido en el transcurso de su vida y ninguna podía compararla con las características de Abigail, que sabía adivinarle los más recónditos deseos. Atormentado por esas indagaciones profundas que le absorbían la mente, pareció que estaba despertando de una gran pesadilla. Debía ser el mediodía y el paisaje le definía los contornos de Damasco, cúpulas cenicientas y grandes plantaciones se veían a lo lejos. Bien montado, haciendo gala de un hombre habituado a los deportes, Saulo iba al frente en actitud dominante.

A cada instante, cuando mal despertaba de sus angustiosas apreciaciones, se sentía envuelto por luces diferentes a la tonalidad peculiar del sol. Tenía la impresión que el aire se transformaba en una especie de cortina, que ejercía una presión invisible y poderosa. Íntimamente consideraba que estaría padeciendo de una especie de vértigo, por causa del esfuerzo mental realizado. Quería volverse, pedir ayuda a sus compañeros, pero no los veía.

– ¡Jacob!... ¡Demetrio!... ¡Ayúdenme!... –gritó desesperadamente.

La confusión de los sentidos le quitó la noción del equilibrio y cayó del animal, para dar contra la ardiente arena. La visión, mientras tanto, parecía dilatarse hasta el infinito. Otra luz le afectaba los ojos deslumbrados, y en el camino que la atmósfera límpida le ofrecía en aquel momento, vio surgir la figura de un hombre de majestuosa belleza, dándole la impresión que bajaba desde el cielo e iba a su encuentro. Su túnica estaba confeccionada con puntos luminosos, sus cabellos llegaban graciosamente a sus hombros, a la nazarena, sus ojos magnéticos, llenos de simpatía y amor, iluminando la fisonomía grave y tierna, donde se notaba una divina tristeza.

El doctor de Tarso lo contemplaba con profundo asombro, entonces fue que oyó una voz que fue imposible de olvidar jamás y que provenía de ese ser desconocido:

– ¡Saulo! ... ¡Saulo!... ¿Por qué me persigues?

El joven tarsense no sabía que se encontraba instintivamente de rodillas. Sin poder definir lo que estaba pasando, sintió que su corazón latía angustiosamente. Incoercible sentimiento de veneración se apoderó de todo su ser. ¿Qué significaba aquello? ¿De quién era la majestuosa figura que viera en el abierto firmamento y cuya presencia le había inundado el corazón de emociones desconocidas?

Mientras los compañeros rodeaban al joven arrodillado, sin que oyeran ni vieran nada, no obstante, habían percibido, al principio, una gran luz en lo alto, a su vez, Saulo preguntaba con voz temblorosa y recelosa:

– ¿Quién sois, Señor?

Aureolado de una luz sedante y en un tono de inconcebible dulzura, el Señor le respondió:

– ¡Yo soy Jesús!

Entonces, se pudo ver al orgulloso e inflexivo doctor de la Ley inclinarse hasta el suelo, en copioso llanto. Se diría que el apasionado rabino de Jerusalén hubiera sido herido de muerte, y que experimentó en un solo momento el derrumbe de todos los principios que le habían formado el espíritu y que fuera el norte de su vida hasta ese momento. ¡Delante de sus ojos tenía, ahora sí, a aquel gran Cristo, magnánimo e incomprensido! ¡Los pregonadores del “Camino” no estaban ilusionados! ¡Las palabras de Esteban eran la verdad más pura! La creencia de Abigail era la senda real. ¡Aquél era el Mesías! La historia maravillosa de su resurrección no era un recurso legendario para fortificar las energías del pueblo. ¡Sí, él, Saulo, lo había visto con el esplendor de sus glorias divinas! Y qué amor debería animarle el corazón, para ir a su encuentro en los desiertos caminos, nada menos que a él, que se vanagloriaba de ser el perseguidor implacable de sus discípulos más fieles... En la expresión sincera de su alma ardiente, consideró todo lo acontecido en un fugaz minuto. Experimentó invencible vergüenza de su pasado. Un torrente de lágrimas parecía que le iba lavando la amargura del corazón. Quiso hablar, castigarse, clamar por sus grandes desilusiones, protestar y declarar fidelidad y dedicación al Mesías de Nazaret, pero la contrición sincera del espíritu arrepentido y dilacerado le perturbaba la voz.

Fue entonces, cuando notó que Jesús se le acercó, y contemplándolo cariñosamente le tocó los hombros con ternura, diciéndole con inflexión paternal:

– ¡No resistas contra los agujones!...

Saulo comprendió. Desde el primer encuentro con Esteban fuerzas profundas lo impulsaban a cada instante y en cualquier parte, a la meditación de las nuevas enseñanzas. El Cristo lo había llamado por todos los medios y de todas las formas.

Sin que logaran entender la grandeza divina de aquel instante, los compañeros de viaje lo vieron llorar desconsoladamente.

El joven de Tarso sollozaba. Ante la expresión dulce y persuasiva del Mesías Nazareno, consideraba el tiempo perdido en medio de caminos escabrosos e ingratos. De ahora en adelante necesitaba reformar sus pensamientos, la visión del Jesús resucitado ante sus ojos mortales, le renovó integralmente sus concepciones

religiosas. En verdad, el Salvador se había apiadado de su corazón, leal y sincero, consagrado al servicio de la Ley y había descendido de su gloria para extenderle las manos divinas. Él, Saulo, era la oveja perdida en medio del camino escabroso. Jesús era el pastor amigo que se dignaba cerrar los ojos ante las espinas ingratas para salvarlo cariñosamente. En un rápido instante, el joven rabino consideró la extensión de aquel gesto de amor. Las lágrimas le brotaban de su corazón amargado, como si fuera la linfa de una fuente desconocida. Allí mismo, en el santuario augusto del espíritu, hizo la promesa de entregarse a Jesús para siempre. De pronto, recordó las pruebas rígidas y dolorosas que debía enfrentar. La idea de un hogar había muerto con Abigail. Se sentía agobiado. De ahora en adelante se entregaría al Cristo como un simple esclavo de su amor. Y haría todo lo posible para probarle que sabía comprender su sacrificio, defendiéndolo en la senda oscura de las iniquidades humanas, en aquel instante decisivo de su destino. Bañado en llanto, como nunca le había sucedido en su vida, hizo en aquel lugar, ante la mirada atónita de sus compañeros, su primera profesión de fe, bajo el aplastante calor del mediodía.

–Señor, ¿qué queréis que haga?

Aquella alma resuelta, en el trance de una capitulación total e incondicional, humillada y herida en sus principios más estimados, daba muestras de su nobleza y lealtad. Había encontrado la revelación mayor, en base al amor que Jesús le demostró solícito. Saulo de Tarso no escogió tarea alguna para servirlo, en la renovación de sus esfuerzos. Se entregó en cuerpo y en alma, como si fuera el más pequeño de los siervos y le preguntaba al Maestro, con humildad, qué deseaba de su cooperación.

Fue ahí, que entonces Jesús lo contempló amorosamente y le dio a entender de la necesidad que los hombres debieran armonizarse en el trabajo común, en el amor universal y en su nombre, para terminar diciéndole:

– ¡Levántate, Saulo! ¡Entra en la ciudad y te será dicho lo que es conveniente hacer!...

A partir de ese momento, el joven tarsense no percibió más la figura amorosa, pero le quedó la impresión de estar sumergido en un mar de sombras. Prosternado, continuaba llorando, causando piedad a sus compañeros. Se restregó los ojos, como quien desea quitarse una venda que le oscurecía la vista, pero sólo consiguió tantear en medio de las densas nieblas. A los pocos instantes comenzó a percibir la presencia de sus amigos, que estaban comentando la situación creada:

–Por fin, Jacob –decía uno de ellos, demostrando una gran preocupación–, ¿qué hacemos ahora?

–Yo encuentro que lo mejor que podemos hacer –decía el interpelado–, es enviar a Jonás a Damasco, y que trate de encontrar ayuda propicia para el caso.

–Pero, ¿qué le habrá pasado? –preguntaba el viejo respetable, que respondía por Jonás.

–No lo sé muy bien –aclaró Jacob, impresionado–; al principio, noté una intensa luz en el cielo y rápidamente escuché que Saulo pedía ayuda. No tuve tiempo de ayudarlo, porque al instante se cayó del animal, sin dar tiempo a nada.

–Lo que me preocupa –agregó Demetrio– es ese diálogo con las sombras. ¿Con quién conversaría? Escuchamos su voz, pero no vimos a nadie que pasara en ese instante. ¿Qué pasaría en ese momento, que hasta ahora no podemos comprender?

–Mira, ¿no ves que el jefe parece estar delirando? –objetó Jacob prudentemente–. Los grandes viajes en medio del sol abrasador acostumbran castigar a los cuerpos mejor formados y resistentes. Además, desde la mañana Saulo parecía estar pensativo y enfermo. No se alimentó y enflaqueció con el esfuerzo realizado en estos días tan aciagos que venimos atravesando desde Jerusalén con tantos sacrificios. A mi manera de ver –concluyó, inclinando la cabeza entristecido–, se trata de uno de esos casos de fiebre, que atacan repentinamente en el desierto...

El viejo Jonás, con los ojos desencajados, lo miraba sollozante y lleno de admiración. Después de escuchar la opinión de sus compañeros, habló receloso, como si temiera ofender a alguna entidad desconocida:

–Tengo mucha experiencia sobre estas marchas a pleno sol. Toda mi juventud la pasé conduciendo camellos a través del desierto de Arabia. Pero nunca vi un enfermo por estos lugares con esas características; la fiebre de los que caen extenuados en el camino, no se manifiesta con delirios y con lágrimas. El enfermo cae abatido, sin reacciones. Por lo tanto, aquí observamos al jefe como si estuviera conversando con un hombre invisible para nosotros. No soy inclinado a aceptar esa hipótesis, pero estoy desconfiando que en todo esto haya señas de sortilegios de los adeptos del “Camino”. Los seguidores del carpintero saben de procesos mágicos que nosotros estamos muy lejos de comprender. No ignoramos que el doctor se consagró a la tarea de perseguirlos hasta las últimas instancias. ¿Quién sabe no hayan planeado una cruel venganza contra su persona? Me ofrecí para venir a Damasco para huir de mis familiares, que parecían seducidos por esa nueva doctrina. ¿Dónde se vio curar la ceguera con sólo imponer las manos sobre los ojos? Sin embargo, a mi hermano lo curó ese famoso Simón Pedro. Sólo la hechicería, a mi forma de ver, explica todas esas cosas. Viendo tantos hechos misteriosos en mi propia casa, tuve miedo de Satanás y huí.

Recogido en sí mismo, sorprendido en medio de las densas tinieblas que lo envolvían, Saulo escuchó el comentario de los amigos, manifestando un gran abatimiento, como si estuviera agotado y ciego, después de haber sufrido una enorme derrota.

Secando sus lágrimas, llamó a uno de ellos con gran humildad. Respondieron todos al mismo instante, solícitos.

– ¿Qué sucedió? –preguntó Jacob preocupado y ansioso–. Estamos afligidos por vuestra causa, señor, ¿estáis enfermo?... Haremos todo lo que juzguéis necesario...

Saulo hizo un gesto y con tristeza agregó:

–Estoy ciego.

–Pero, ¿cómo fue? –preguntó el otro inquieto.

– ¡Yo vi a Jesús de Nazaret! –dijo con arrepentimiento y totalmente modificado.

Jonás hizo una señal significativa como afirmando a sus compañeros que tenía razón, mirándose todos entre sí con gran admiración. Entendían, en forma instintiva, que el joven rabino se había perturbado. Jacob, que era persona de su intimidad, tomó la iniciativa para ayudarlo y agregó:

–Señor, lamentamos vuestra enfermedad. Necesitamos resolver ahora el destino que ha de tomar la caravana.

El doctor de Tarso, manifestando una humildad que jamás se le había observado, contrario a su siempre dispuesto gesto dominador, dejó caer una lágrima y respondió con profunda tristeza:

–Jacob, no te preocupes por mí... Lo que necesito en forma inmediata es llegar a Damasco cuanto antes. En lo que respecta a ustedes... –y la voz se debilitó con cierto acento de dolor, como si estuviera presionada por una gran angustia, para concluir con tono amargo–, hagan como quieran, pues hasta ahora eran mis servidores, pero de ahora en adelante yo también soy esclavo, no me pertenezco a mí mismo.

Ante aquella voz humilde y triste, Jacob comenzó a llorar. Estaba totalmente convencido que Saulo había enloquecido. Llamó a sus compañeros aparte y les explicó:

–Ustedes volverán a Jerusalén y darán la triste noticia, mientras yo me dirijo a la próxima ciudad en busca de un doctor para tomar las primeras medidas del caso. Lo noto extremadamente perturbado...

El joven rabino fue impuesto de las medidas inmediatas y las recibió casi sin sorpresa. Se conformó pasivamente con la resolución del empleado. En aquella hora, sumergido en densas y profundas tinieblas, tenía la imaginación llena de conjeturas trascendentes. La ceguera súbita no lo afligía. Del ámbito de aquella oscuridad, que le alcanzaba los ojos de la carne, parecía surgir la luminosa figura de Jesús ante los ojos del espíritu. Era justo que terminaran sus percepciones visuales, a fin de conservar para siempre el recuerdo del glorioso minuto de su transformación hacia una vida más sublime.

Saulo recibió las observaciones de Jacob con la humildad de un niño. Sin una queja, sin resistencia escuchó el trotar de la caravana que regresaba, mientras el viejo y fiel empleado le ofrecía su brazo, que fue tomado con infinitos recelos.

Con el llanto que salía de sus ojos inexpresivos, como perdidos en alguna visión que acechara en el vacío, el orgulloso doctor de Tarso, guiado por Jacob, siguió a pie, bajo el sol ardiente de las primeras horas de la tarde.

Conmovido por las bendiciones que recibió de las esferas más elevadas de la vida, Saulo lloraba como nunca. Estaba ciego y separado de los suyos. Dolorosas angustias le oprimían su corazón. Sin embargo, la visión del Cristo resucitado, su palabra inolvidable, su expresión de amor las tenía presentes en su alma ahora transformada. Jesús era el Señor, inaccesible a la muerte. Él le orientaría sus pasos en el camino, le daría nuevas órdenes, le curaría las llagas de la vanidad y del orgullo que le corroían el corazón y, sobre todo, le concedería las fuerzas necesarias para reparar los errores cometidos en sus días de ilusión.

Impresionado y triste, Jacob guiaba al jefe amigo, preguntándose a sí mismo a qué se debería aquel llanto silencioso y constante.

Envuelto en la sombra de la ceguera temporaria, Saulo no percibió que el manto espeso del crepúsculo cubría el camino. Nubes oscuras anunciaban la llegada de la noche, mientras que los vientos sofocantes soplaban en la inmensa planicie. Con mucha dificultad acompañaba los pasos de Jacob, que estaba deseoso de apresurar la marcha, receloso de que hubiera lluvia. Corazón resuelto y enérgico, no reparaba en los obstáculos que se anteponían a su jornada dolorosa.

Le faltaba la vista y necesitaba de un guía, pero Jesús le había recomendado que entrara en la ciudad, en donde se le diría lo que debería hacer. Era necesario obedecer al Salvador, que lo había honrado con las supremas revelaciones de la vida. Los pasos indecisos le herían los pies en cada movimiento inseguro, sin embargo, caminaría de cualquier forma para ejecutar las órdenes divinas. Era indispensable no observar las dificultades, era necesario alcanzar los fines propuestos. ¿Qué importaba encontrarse en las tinieblas, que la caravana regresara a Jerusalén, la penosa caminata a pie en busca de Damasco, la falsa suposición de sus compañeros respecto al estado desequilibrado de su persona, la pérdida de los títulos honoríficos, el repudio de sus sacerdotes amigos, la incomprensión del mundo entero, ante ese hecho culminante que le había cambiado su destino?

Saulo de Tarso, con la profunda sinceridad que le caracterizaba, hasta en las mínimas acciones, sólo entendía que Dios había cambiado su resolución a su respecto. Le sería fiel hasta el fin.

Cuando las sombras crepusculares se hacían más densas, dos hombres desconocidos entraban en los suburbios de la ciudad. Aunque el viento apartaba las nubes tempestuosas en dirección al desierto, gruesas gotas comenzaban a caer sobre el polvo ardiente de las calles. Las ventanas de las casas residenciales se cerraban con violencia.

Damasco podía recordar al joven tarsense, hermoso y triunfador. Lo había conocido en sus fiestas más brillantes y acostumbrado a ser aplaudido en las sinagogas. Pero viendo pasar en la vía pública a esos dos hombres, cansados y tristes, jamás podría ser identificado y menos aquél que ahora caminaba tambaleante y con los ojos muertos...

# EL ENCUENTRO CON EL MAESTRO



A partir del reinado de Claudio se propagaron leyendas injuriosas contra las prácticas cristianas.

Por esa causa, desde el año 58 d.p.c los cristianos eran llevados al circo como esclavos revolucionarios o rebeldes, que deberían desaparecer para no propagar sus ideas. Los romanos más o menos ilustres, por su nombre o situación financiera, que simpatizaban con la doctrina del Cristo, continuaron indemnes de los

vejámenes públicos, más los pobres trabajadores e hijos del pueblo, eran llevados al martirio por centenares.

Cuanto más sombríos eran los horizontes, más cohesivo se hacía el grupo de los hermanos de la fe en Cristo Jesús. Se multiplicaban las reuniones en los cementerios distantes y abandonados. En aquellos días de sufrimientos, el pregonar parecía más hermoso.

Pablo de Tarso y los cooperadores se desdoblaban en servicios espirituales, cuando la ciudad fue sacudida por un asombroso hecho. En la mañana del día 16 de julio del año 64 irrumpió un gran incendio en las proximidades del gran circo, abarcando toda la región del barrio localizado entre Celio y el Palacio.

El Emperador estaba en Ancio (Antium) cuando comenzó el incendio, que fue idealizado por él mismo, pues la verdad es que estaba deseoso de edificar una ciudad nueva, con los inmensos recursos financieros que llegaban de las provincias tributarias y proyectó el famoso incendio, venciendo la fuerte oposición del pueblo que no deseaba transferir los santuarios.

La maniobra terminó con la acusación formal sobre los discípulos de Jesús, como si fuera una causa más a las tantas imputadas.

Les quedaba un solo medio a los seguidores del Maestro, que era entrevistarse entre sí y reconfortarse con las preces y en medio de lágrimas en las silenciosas catacumbas. Y la verdad, que no eludían ningún sacrificio para concurrir a esos sitios tristes y solitarios. En esos olvidados cementerios encontraban el consuelo fraternal para cuando les llegara el momento trágico. Oraban y comentaban las luminosas lecciones del Maestro y tomaban nuevas fuerzas para exponer los testimonios de fe.

Ayudado por Lucas, Pablo de Tarso enfrentaba el frío de la noche en las sombras espesas de los ásperos caminos. Pablo se encaminaba a los antiguos sepulcros, llevando a los hermanos afligidos la inspiración del Maestro Divino, que los revigorizaba con su ardiente alma. Muchas veces las pregonaciones se realizaban en las madrugadas, cuando el gran silencio imperaba en la naturaleza. Centenas de discípulos escuchaban la luminosa palabra del viejo Apóstol de los gentiles, absorbiendo el poderoso influjo de su fe. En esos lugares sagrados, el convertido de

Damasco se asociaba a los cánticos que se mezclaban a los dolorosos llantos. El santificado espíritu de Jesús, en esos momentos, parecía estar presente frente a los mártires, infundiéndoles esperanzas divinas.

Los cristianos oraban, sufrían, esperaban.

Cierta noche, Pablo dirigía la palabra a los hermanos, haciendo el comentario sobre el Evangelio de Jesús. Sus conceptos parecían, más que nunca, divinamente inspirados. La brisa de la madrugada penetraba en la mortuoria caverna, que estaba iluminada por algunas mortecinas antorchas. El recinto estaba repleto de mujeres y niños y algunos hombres encapuchados.

Después de la conmovedora pregonación y con los ojos bañados en lágrimas, Pablo de Tarso continuó diciendo:

***–Hermanos míos, Dios es más hermoso en los días trágicos. Cuando la sombra se extiende sobre el camino, la luz es más preciosa y pura. En estos días de sufrimientos y muerte, cuando la mentira se sobrepone a la verdad y la virtud es sustituida por el crimen, recordemos el sufrimiento que padeció el Maestro Jesús en el infamante madero. La cruz tiene para nosotros un divino mensaje. No desestimemos el testimonio sagrado, cuando el Maestro, a pesar de ser puro, sólo consiguió de este mundo librar batallas silenciosas y alcanzar sufrimientos atroces. Fortalezcámonos en la idea de que su reino no es de este mundo. Elevemos el espíritu a la esfera de su amor inmortal. La ciudad de los cristianos no se encuentra en la tierra, ella no podría ser la Jerusalén que sacrificó al Divino Enviado, ni la Roma que se complace en derramar la sangre de los mártires. En este mundo estamos enfrentando una cruenta lucha y trabajando por la paz y el triunfo del Señor. No esperemos, por lo tanto, estar tranquilos en los lugares de trabajo y estar exceptuados de los testimonios. Desde la indestructible ciudad de nuestra fe, Jesús nos mira y nos atiende los llamados del corazón. Caminemos a su encuentro en medio de los suplicios y de los tremendos dolores. El fue hacia el Padre desde la cima del Calvario, nosotros le seguiremos los pasos, aceptando con humildad los sufrimientos, que por su amor nos fueran destinados...***

El auditorio parecía extasiado escuchando las proféticas palabras del Apóstol. Entre las frías e impasibles lajas, los hermanos en la fe se sentían más unidos. En todas las miradas se veía la seguridad sobre la victoria espiritual. En aquellas expresiones de dolor y esperanza estaba el tácito compromiso de seguir al Crucificado hasta alcanzar su Reino de Luz.

El orador hizo una pausa, dado que estaba dominado por extrañas conmociones.

En ese inolvidable instante, un numeroso grupo de guardias aparecen en el recinto. El centurión Volumnio, a la cabeza de la patrulla armada, intimaba a los presentes en voz alta, mientras los pacíficos creyentes estaban aterrorizados por la sorpresa.

– ¡En nombre del César! –gritaba el centurión, exaltado de alegría. Y ordenaba a los soldados que estrecharan el círculo alrededor de los indefensos cristianos, a la

vez que seguía gritando desaforadamente—: ¡Que no escape ninguno! ¡Quien lo intente, muere al instante como un perro!

Pablo, erguido, apoyado en su largo bastón, puesto que Lucas esa noche no estaba presente, demostró su energía moral, exclamando con firmeza:

— ¿Quién os dice que huiremos? ¿Ignoráis que los cristianos conocen al Maestro a quien siguen? Sois emisario de un príncipe del mundo, que estos sepulcros esperan, pero nosotros somos trabajadores del Señor, magnánimo e inmortal...

El grupo marchó en silencio atravesando las calles abiertas, llegando a la prisión Mamertina cuando aparecían en el horizonte los primeros rayos de la aurora.

Los discípulos del Señor fueron dejados en el patio oscuro de la prisión hasta que fueran ubicados individualmente en las divisiones insalubres, aprovechando la oportunidad para intercambiar ideas y consejos, así como también reconfortarse mutuamente.

El Apóstol fue arrojado a una celda oscura e incomunicado. Los soldados se hablaban por lo bajo ante tamaña demostración de valor. En la oscuridad de la cárcel, que más se asemejaba a una cueva húmeda, hizo un balance retrospectivo de todas las actividades de su vida, entregándose a Jesús, enteramente confiado en su divina misericordia. Deseaba sinceramente estar junto a sus hermanos, que de hecho, estaban destinados a los cruentos espectáculos del día siguiente, para esperar la hora extrema en comunión de fe y afrontando los martirios.

No pudo dormir a pesar de las horas transcurridas desde su aprisionamiento y terminó pensando que el día fijado para el sacrificio era inminente. Ni un rayo de luz penetraba en la inmunda celda. Sólo percibía vagos y lejanos rumores, que le daba la idea de la aglomeración producida por la gente en la vía pública. Las horas pasaron expectantes, que parecían interminables. Después de angustioso cansancio, consiguió dormir algunas horas. Cuando despertó, no pudo apreciar el tiempo transcurrido. Tenía sed y hambre, pero oró con fervor, sintiendo que llegaba del plano invisible el consuelo deseado. En el fondo estaba preocupado por la suerte de sus compañeros. Un guardia le informó que un gran número de prisioneros cristianos iban a ser llevados al gran circo y que él padecía por no poder acompañarlos en el infortunio por amor a Jesús. Sumido en esas amargas reflexiones, no tardó en sentir que alguien abría la puerta de la celda. Llevado al exterior, el ex rabino se encontró de frente con un pelotón de seis hombres armados que lo esperaban junto a un vehículo de regulares proporciones. A lo lejos, sobre el horizonte, se iban ocultando los astros de la noche.

El Apóstol, silencioso, obedeció las órdenes de la escolta. Le ataron las manos callosas con gruesas cuerdas. Un guardia nocturno, visiblemente borracho, se aproximó y le escupió en el rostro. El ex rabino inmediatamente recordó los sufrimientos padecidos por Jesús y recibió el insulto sin demostrar el mínimo gesto de sentirse afectado en su amor propio.

A una orden, tomó asiento en el vehículo junto a los seis hombres armados, que lo admiraban por su serenidad y valor.

Los caballos trotaban rápidamente, como si quisieran atenuar el frío de aquella húmeda mañana.

Llegaron a los cementerios que se veían a lo largo de la Vía Apia, cuando las sombras de la noche se desvanecían, preanunciando un radiante día.

El militar que dirigía la escolta ordenó parar el carro y haciendo descender al prisionero, le dijo titubeante:

–El Prefecto de los Pretorianos, por sentencia del César, ordenó que seas sacrificado al día inmediato de la muerte de los cristianos, lo que sucedió ayer, para pesar tuyo. Por lo tanto, debéis saber que estáis viviendo los últimos instantes de tu vida.

Calmo, con ojos brillantes y manos atadas, Pablo de Tarso, silencioso hasta ese momento, exclamó, sorprendiendo a los verdugos con su majestuosa serenidad:

–Sois conscientes de la tarea criminosa que os incumbe desempeñar... Los discípulos de Jesús no temen a los verdugos que sólo les pueden eliminar el cuerpo físico. No creáis que vuestra espada pueda quitarme la vida, porque estoy viviendo los últimos instantes de mi vida del cuerpo carnal, eso significa que voy a entrar, sin demora alguna, en los tabernáculos de la vida eterna, con el Señor Jesús Cristo, el mismo que os tendrá en cuenta a vosotros, a Nerón y a Tigelino...

La siniestra patrulla tembló de asombro. Aquella energía moral en el momento supremo, era propicia para aplastar a los más fuertes y decididos. Percibiendo la sorpresa general y decidido a ejecutar el mandato, el jefe de la escolta tomó la iniciativa para el sacrificio. Los demás compañeros parecían desorientados, nerviosos y temerosos. El inflexible propuesto de Tigelino ordenó al prisionero que diera veinte pasos al frente. Pablo de Tarso caminó serenamente, aunque íntimamente se iba recomendando a Jesús para la asistencia espiritual, ante el supremo testimonio.

Al llegar al lugar indicado, el secuaz de Tigelino desenvainó la espada y en ese instante le tembló la mano y mirando fijamente a la víctima, le habló en tono casi imperceptible:

–Lamento haber sido designado para este hecho, cosa que me afecta muchísimo...

Pablo de Tarso, levantando la cabeza cuanto le era posible, respondió sin titubear:

–No soy digno de lástima. Antes, tened compasión de vosotros mismos, porque muero cumpliendo deberes sagrados, en función de la vida eterna, mientras que vosotros no podéis huir de las groseras obligaciones de la vida transitoria. Llorad por vosotros mismos, porque yo partiré buscando al Señor de la Paz y de la Verdad, que da la vida al mundo; al paso que vosotros, terminada vuestra tarea de sangre, debéis regresar a la hedionda convivencia de los que ordenan otros tantos crímenes, característicos de vuestra época...

El militar continuaba mirándolo asombrado, notándosele la gran dificultad que tenía para sostener la espada y Pablo remató al instante:

– ¡No temáis!... ¡Cumplid vuestro deber hasta el fin!

Un violento golpe le seccionó el cuello, desplazándole la vieja cabeza, que había encanecido por los sufrimientos del mundo.

Pablo de Tarso cayó como fulminado sin pronunciar palabra alguna. El cuerpo sin gobierno cayó al suelo, como un despojo horrendo e inútil. La sangre chorreaba en cantidad en las últimas contracciones de la rápida agonía, mientras el pelotón regresaba silenciosamente.

El valeroso discípulo del Evangelio sentía la angustia de los últimos momentos vividos en la materia, pero de a poco fue sintiendo una suave sensación, que se transformó en rápido alivio. Manos cariñosas y solícitas parecían tocarlo suavemente, como si lo arrancaran, ante ese contacto divino, de las terribles impresiones de sus amargos padecimientos. Tomado de sorpresa, observó que lo transportaban a un lugar distante y pensó que amigos generosos deseaban asistirlo en un lugar más adecuado, para que no le faltara el dulce consuelo de una muerte tranquila. Después de algunos minutos los dolores habían desaparecido por completo. Tenía la impresión que estaba descansando bajo la sombra de algún árbol frondoso y recibía las suaves brisas matinales. Intentó levantarse, abrir los ojos, ver el paisaje. ¡Imposible! Se sentía débil, cual convaleciente de una larga y gravísima enfermedad. Reunió sus energías mentales como mejor le fue posible y oró suplicando a Jesús le permitiera el esclarecimiento de su alma en aquella nueva situación. Sobre todo, la falta de la visión lo dejaba sumido en angustiada expectativa. Recordó los días de Damasco, cuando la ceguera le alcanzó su vista de pecador y que fuera luego deslumbrado por la inmensa Luz del Maestro. Recordó al bondadoso y fraternal Ananías y lloró al influjo de aquellas reminiscencias. Después de un gran esfuerzo, consiguió levantarse y reflexionó que el hombre necesitaba servir a Dios, aunque estuviera atravesando las densas tinieblas.

Fue en ese instante cuando percibió que alguien se acercaba muy despacio. Inmediatamente recordó el inolvidable día que fuera visitado por el emisario del Cristo en la pensión de Judas.

– ¿Quién sois? –preguntó, al igual que lo había hecho en aquella oportunidad.

–Hermano Pablo... –comenzó a decir el recién llegado.

El Apóstol de los gentiles, conociendo aquella voz bien amada, le interrumpió la palabra, exclamando con inmensa alegría:

– ¡Ananías!... ¡Ananías!...

Y cayó de rodillas sin poder sostener el llanto.

–Sí, soy yo –dijo la venerada entidad pasando la mano luminosa por su frente–, un día Jesús me envió para que te devolviera la vista, para que conocieras el camino áspero de sus discípulos y hoy, Pablo, me concede la dicha de abrirte los ojos para la contemplación de la vida eterna. ¡Levántate! ¡Has vencido a los últimos enemigos, alcanzaste la corona de la vida, llegaste a los nuevos planos de la Redención!...

El Apóstol se levantó envuelto en lágrimas de inmensa gratitud, mientras Ananías, pasando la mano por sobre sus apagados ojos, exclamó:

– ¡En nombre de Jesús, vuelve a ver!... ¡Desde la revelación de Damasco, dedicaste tus ojos al servicio del Cristo. ¡Contempla, ahora, las bellezas de la vida eterna, para que podamos ir al encuentro del Maestro bien amado!...

El dedicado trabajador del Evangelio reconocía las maravillas con que Dios premia a sus cooperadores en el mundo lleno de sombras. Asombrado, contempló el paisaje que lo rodeaba. No estaba lejos de las catacumbas de la Vía Apia. Misteriosas fuerzas le habían apartado del triste cuadro donde se descomponían su despojos sangriento. Se sentía joven y feliz. Ahora comprendía la grandeza del cuerpo espiritual, distinto a la experimentada en el cuerpo físico. Sus manos no tenían arrugas, ni la epidermis cicatrices. Tenía la impresión de haber bebido algún misterioso elixir de la juventud. Una túnica de blanco resplandeciente lo envolvía y ondulaba graciosamente. Mal despertaba de su deslumbramiento, cuando alguien suavemente le golpeó el hombro: era Gamaliel que le daba un beso fraternal. Pablo de Tarso se sintió el más feliz de los seres. Abrazando al viejo Maestro y a Ananías, en un solo gesto de ternura, exclamó entre lágrimas:

– ¡Sólo Jesús me podría conceder alegría como ésta!

No había terminado de manifestar su pensamiento cuando, empezaron a llegar viejos compañeros de luchas terrenas y amigos de otros tiempos. Por otra parte, acudieron hermanos que venían a darle la bienvenida por haber cruzado los umbrales, de la eternidad. Los deslumbramientos del Apóstol se iban sucediendo sin interrupción. Como si se hubieran quedado en Roma a la espera de su llegada, los mártires que sucumbieron en las fiestas de la víspera llegaron cantando. Todos querían abrazarlo y besarle las manos. En ese ínterin, dando la impresión que salían de una maravillosa fuente del más allá, se escuchó una hermosa melodía, acompañada por angelicales voces. Sorprendido por la belleza de la composición, imposible de expresar en lenguaje humano, Pablo escuchaba una voz que le decía muy solícita:

– ¡Este es el himno de los prisioneros liberados!

Viendo Ananías la intensa emoción que embargaba a Pablo, le preguntó cuál era su primer deseo en la esfera de los redimidos. Pablo, íntimamente, recordó a Abigail y a los anhelos sagrados de su corazón, como le podría suceder a cualquier humano, pero integrado al ministerio de la divinidad, que manda olvidar los caprichos, y sin querer traicionar su gratitud y misericordia al Cristo, respondió conmovido:

–Mi primer deseo sería volver a ver a Jerusalén, donde practiqué tantos males y allí orar a Jesús para dedicarle mi agradecimiento.

Si bien había terminado de expresarse, la luminosa asamblea apareció ante sus ojos. Asombrado con el poder del pensamiento en el mundo espiritual, Pablo observó que la distancia nada representaba para las posibilidades espirituales.

De lo Alto continuaban fluyendo armonías de sublime belleza. Eran himnos que exaltaban la ventura de los triunfantes trabajadores y misericordia de las bendiciones del Todopoderoso.

Pablo deseaba imprimir a la divina excursión el sabor de sus reminiscencias. Para ese fin, el grupo siguió a lo largo de la Vía Apia hasta Aricia, donde se desvió hacia Pouzzoles, en cuya iglesia se detuvo para orar algunos minutos con inefable ventura. Después la caravana se dirigió a la isla de Malta, para continuar hacia el Peloponeso, donde Pablo se extasió en la contemplación de Corinto, dando curso a las dulces y cariñosas recordaciones. Lleno de entusiasmo fraternal, los componentes de la caravana acompañaban al valeroso discípulo en el camino de los sagrados recuerdos, que le vibraban en lo íntimo del corazón. Atenas, Tesalónica, Filipos, Neápolis, Tróade y Efeso fueron puntos donde el Apóstol demoró para orar con lágrimas derramadas por la gratitud al Altísimo. Atravesando las zonas de Panfilia y de Cilicia, entraron en Palestina, llenos de alegría y sagrado respeto. En todos los caminos recorridos se incorporaban emisarios y trabajadores del Cristo. Pablo no podía contener la alegría que le producía su llegada a Jerusalén, bajo el manto prodigioso del azul del crepúsculo.

Obedeciendo a una indicación de Ananías, se reunieron en la cima del Calvario y cantaron himnos de esperanzas y luz.

Recordando los errores del pasado, Pablo se arrodilló y elevó a Jesús una fervorosa súplica. Los redimidos compañeros se aquietaron en éxtasis, mientras que Pablo, transfigurado por el llanto, trataba de expresar el significado sin palabras al Divino Maestro. De inmediato, en la tela del Infinito se observó un cuadro de belleza nunca vista. Como si se hubiera rasgado el inmensurable azul del cielo, apareció una hermosa y luminosa senda y por ella se aproximaban tres seres radiantes. El Maestro estaba en el centro, a la derecha Esteban y al lado de su corazón se encontraba Abigail. Deslumbrado, arrebatado por la presencia de esos seres tan amados, apenas pudo extender los brazos, porque su voz no le salía en el auge de la emoción. Abundantes lágrimas le corrían por el rostro. Abigail y Esteban se adelantaron. Ella le tomó las manos delicadamente en un gesto de ternura, mientras Esteban lo abrazaba con efusión.

Pablo quiso arrojarse a los brazos de los dos hermanos, besarles las manos para demostrarles su ventura espiritual, pero cual dócil criatura que todo lo debía al Maestro, trató de mirar a Jesús, buscándole su aprobación.

El Maestro sonrió indulgente y cariñoso y habló:

– ¡Sí, Pablo, ahora eres feliz! ¡Ven a mis brazos, pues es la voluntad de mi Padre que los verdugos y mártires se reúnan para siempre en mi reino!...

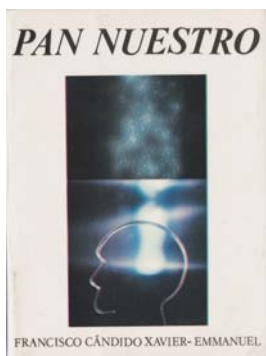
Y así unidos, dichosos, los fieles trabajadores del Evangelio de la redención siguieron los pasos del Cristo, en busca de las esferas de la Verdad y de la Luz...

Allá abajo, Jerusalén se presentaba majestuosa y atrayente, esperando la llegada de la luna que la iluminaría con sus rayos de plata.

**(Escrito extraído del libro Pablo y Esteban por el Espíritu de EMMANUEL – Psicografiado por Francisco Cândido Xavier)**

# Justamente por eso

*“No os escribí porque ignoraseis la verdad, sino por que la conocéis.” –  
(I Juan, 2:21.)*



El intercambio cada vez más intenso entre los llamados “*vivos*” y “*muertos*” constituyen gran acontecimiento para las organizaciones evangélicas de modo general.

No es tan sólo realización para la escuela espiritista; pertenece a las comunidades del cristianismo entero.

Por el momento, anotamos aquí y allí protestas del dogmatismo organizado, entre tanto, la revivificación de la verdad así lo exige.

Toda adquisición tiene su precio y cualquier renovación encuentra obstáculos espontáneos.

Día vendrá en que las variadas subdivisiones del evangelismo comprenderán la divina finalidad del nuevo concierto.

El movimiento de intercambio espiritual entre las dos esferas es cada vez más amplio. La devoción de los desencarnados provoca la atención de los encarnados.

El Señor permitió un Pentecostés mundial para el reajuste de la realidad eterna.

Conviene notar, con todo que las voces conmovedoras y fortalecientes del Más Allá repiten, comúnmente, viejas fórmulas de la Revelación y recuerdan el pasado de la Sabiduría terrestre, a fin de extraer concepciones más respetables referentes a la vida.

Es en este punto que recordamos las palabras de Juan, interrogando sinceramente: se comunicaran los “*muertos*” con los “*vivos*”, ¿por qué los hombres ignoran la verdad?

Esto no.

Si los que parten hablan nuevamente a los que quedan es que estos conocen el camino de la redención con *Jesús*, pero no se animan, ni se deciden a trillarlo.

(Pan Nuestro – Francisco Cândido Xavier – EMMANUEL)